

él. Y hay terceros, por fin, que plantean una verdadera oposición revolucionaria, sea porque consideran que la "revolución que anunciaron" todavía no se produjo —como algunos sectores nacionalistas de derecha— o porque alientan estilos e ideologías revolucionarias que poco o nada tiene que ver con lo que ocurrió —como algunos sectores de la izquierda comunista o, con más vigencia intelectual, de la izquierda nacional.

En segundo lugar, la ausencia de una oposición organizada y eficiente, revolucionaria o no, se explica por la resistencia de algunos viejos dirigentes a dejar la arena política para que juegue su porvenir la sangre nueva. A juzgar por los personajes que circularon a propósito de una tentativa de subversión no definida ni concretada, es posible acertar con una de las causas de la fuerza política del Presidente: la asombrosa to-

zudez de algunos viejos políticos, ideólogos o militares retirados que como las tropas en la ópera Aída aparecen y reaparecen en escena como si constituyesen legión, o como si el tiempo las críticas vertidas antes y ahora, y el escepticismo popular no hubiesen ocurrido para ellos. La oposición está ausente, también, porque buenos dirigentes no tienen todavía vigencia.

Carlos Temple

## HORAS DE CRISIS, TIEMPO DE MESIAS

La aparición de George Corley Wallace —uno de cada seis votos el 5 de noviembre— en el horizonte electoral norteamericano, marca un momento crucial en el panorama político de los Estados Unidos. Desde siempre, la estabilidad del sistema democrático norteamericano jugó sobre un supuesto esencial: el predominio de las tendencias moderadas sobre los extremismos. Los republicanos controlando los desbordes de la derecha y los demócratas los de la izquierda formaban, así, una entente a la que adherían por encima del enfrentamiento electoral.

Ese entendimiento tácito constituye, por otra parte, el secreto de la estabilidad política de cualquier parte y funciona mientras se mantenga alejados del poder a los extremistas, esto es, a quienes intentan cambiar no sólo el elenco de los que gobiernan sino al sistema político por entero.

Las horas de crisis son el tiempo de los mesías, y mientras en la bonanza es el centro quien canaliza sin dificultad las adhesiones, la gente recurre a los extremos cuando las dificultades parecen insalvables. La guerra de Vietnam, la impaciencia de los negros, la rebeldía y la apatía de los jóvenes, han puesto a la sociedad norteamericana frente a falencias esenciales, y al sistema político que no pudo resol-

verlas, frente a una crisis de legitimidad.

El repentino apogeo de Wallace, de Eugene McCarthy, sólo se explica de esa manera. McCarthy idealizando la rebelión juvenil, el repudio a la guerra y las premoniciones del mundo que vendrá. Wallace, exacerbando el odio racial, el temor conservativo y los privilegios de un mundo que ya pasó. El primero intentó la vía partidaria y, derrotado en las elecciones, se retiró a las universidades, a los laboratorios, a las bibliotecas, con los estudiantes, a la espera del futuro. El segundo, ignorando las convenciones se lanzó a una desesperada cabalgata extrapartidaria hacia el rescate del pasado. En el medio, recelados por los temerosos y despreciados por los idealistas, Nixon y Humphrey compitieron oscuramente por la carrera presidencial más opaca que se recuerde.

El aluvión de Wallace —logró anotarse en los cincuenta Estados de la Unión— no puede, por eso, llamarnos la atención. La desaparición de Eisenhower, el fracaso de Rockefeller, la fragilidad final de Lindsay y Romney, indican algo más que un mero endurecimiento de la derecha republicana. Estamos ante el movimiento reaccionario más profundo y extendido desde los tiempos de Joseph McCarthy.

Así como se puede obtener

adhesiones para la izquierda ofreciendo a los desposeídos lo que anhelan omitiendo prevenirles del sudor y los esfuerzos que costará, es posible deslumbrar a las clases medias satisfechas con la ilusión de la energía y el espejismo de la seguridad. Wallace significa el retorno a un profetismo tosco y elemental. En su visión de las cosas, el mundo está ya dividido entre buenos y malos. Como en el far west, unos todos de un lado y otros todos del otro. Promete dureza con el adversario, mano fuerte con el tutelado y privilegio para los intereses nacionales. Presenta a los Estados Unidos como una superpotencia hastiada de quimeras. Oferta el espejismo aliviante de la "victoria total" y asegura poder rescatar a su pueblo de la incertidumbre angustiante de la guerra fría y el equilibrio termonuclear. Su programa es una terapia apropiada para electores atemorizados. Fáciles remedios para fáciles problemas. Sin esfuerzos. Sin tensiones. Sin fastidiosas vigiliadas. Como Goldwater hace cuatro años, exhibe el cebo engañoso del regreso a los años felices en que los Estados Unidos no tenían otra tarea que la de expandirse ni otro horizonte que la prosperidad. Es una ilusión aliviante. Es, también, el rechazo de un gran pueblo a la azarosa responsabilidad del liderazgo.

Las naciones en crisis tropiezan siempre con los aprendices de brujos que aseguran poder librarlos de la incertidumbre y el temor. A las naciones humildes se les promete prosperidad sin sacrificios. A los prósperos, tranquilidad sin esfuerzos. Y a las naciones dominantes se les propone abandonar las responsabilidades del imperio sin renunciar por ello a sus ventajas. Estos sal-

vadores aparecen envueltos en un halo de indignado y nostálgico principismo. Exigen el regreso a los "viejos tiempos", la vuelta a la vida eglógica de los principios claros y sencillos. Tientan a su auditorio para que abandonen sus ideales y lo zañen todo por el expediente fácil de la simplicidad. Pero el imperio es un laborioso menester hecho de

contrastes y paciencia, de perseverancia y lucidez. Es una penosa vigilia. Y un alerta constante. Los demagogos aseguran conducirnos a la luz al final del túnel, pero ocultan lo que aguarda al desembocar. Su fracaso es, por ello, el síntoma de nuestra salud: Occidente nació el día que enterraron a la magia.

Andrés Cisneros

## LA PAZ

En la finalización del año el panorama de la política internacional es evidentemente confuso, no tanto en la explicación de los hechos ocurridos sino en su perspectiva futura. Lo claro es que los acontecimientos de Checoslovaquia, Vietnam, Arabe-israelíes, africanos, elecciones de EE.UU. y la política exterior francesa indican que la crisis se ha adueñado de las relaciones internacionales.

La esencia de las relaciones internacionales es la rivalidad entre los estados, rivalidad que se manifiesta tanto en el plano bélico como en los valores y en los intereses de cada nación. Hoy la rivalidad llega hasta ser espacial.

### SITUACION

La rivalidad interestatal no es patrimonio exclusivo de los grandes estados, es también el principal objetivo de cada nación. Es más importante para los estados el interés nacional —bien particular— que el bien común internacional.

En el bloque occidental el conflicto máximo —que exime nombrar a los demás— que es el Vietnam, responde a una estrategia de interés nacional; por un lado una preocupación estratégica de ocupar la autoridad vacante que había en el sudeste asiático después de la retirada de los imperios europeos, y por otra parte un interés valorativo

que implica un no reconocimiento a otros valores que no sea el defendido. La rivalidad entre los EE.UU. y la URSS pasa por Vietnam y allí se manifiesta. En unos años atrás la rivalidad interestatal podía ser declarada más o menos abiertamente, pero hoy la influencia de la opinión pública y la conciencia universal de la necesidad de solidaridad —aunque a un nivel bajo— ha hecho que la rivalidad sea considerada como ilegítima y se practique disimuladamente, y al margen de los organismos de seguridad colectiva, dando una pauta más que estos son estructuras formales.

En el bloque oriental la rivalidad entre los estados se pretende disimular en los organismos colectivos como el Pacto de Varsovia o el COMECON —comité de ayuda mutua—. Pero ante situaciones difíciles —Checoslovaquia— la rivalidad surge a la luz y pone al desnudo la política de interés nacional por encima de todo. En la tregua de Vietnam resuenan los acordes electorales de EE.UU.

Checoslovaquia es un conflicto de valores —formas de realizar el comunismo— y un conflicto de estrategia, la primacía del comunismo internacional. A su vez el Comecon no ha podido neutralizar los intereses económicos de Rumania y Yugoslavia que desarrollaron una importante industria —bases para sus ri-

validades e intereses nacionales— contrariando los intereses del Comecon.

Los conflictos Arabes-Israelíes, Africanos etc. son tanto conflictos suscitados por la rivalidad entre los pequeños estados, como manifestación de rivalidad entre los polos de poder; es que el sistema internacional ha legitimado los conflictos fuera de las zonas peligrosas como manifestaciones de la rivalidad nacional de las superpotencias.

Por otra parte, la dispersión del poder que es evidente en las grandes potencias, también se da en las pequeñas, hoy el tercer mundo no es más que un concepto casi formal, dada la imposibilidad de intervenir como bloque, cada nación sigue sus intereses nacionales y el fraccionamiento fue rápido, ayudado por las estrategias de ambos bloques para captar a los dispersos.

Aparte de los conflictos entre bloques, dentro de cada bloque y en las relaciones de poder del tercer mundo, se suma la nueva coordenada que divide al mundo entre países desarrollados y subdesarrollados. La última reunión de la UNCTAD en Nueva Delhi, en marzo del 67, ha puesto en evidencia pública la negación de ayuda por parte de los países desarrollados. John Burton, dice en su Teoría de la Paz, que "un conflicto nace de la resistencia opuesta por una sociedad política al cambio que otro grupo po-